

A M.G., in memoriam.

Así pudo haber sido

Se había estado tocando el bulto de la garganta despacito, como hacía todos los días nada más despertarse. Había dormido relativamente bien ayudado por las pastillas azules. Desde hacía casi dos años todo habían sido pastillas azules y aquellas radiaciones de cobalto que le dejaban destrozado, y dolores, pero el dolor cada vez le importaba menos, había aprendido a convivir con él como se aprende a convivir con un vecino molesto, y, cuando no podía más. tenía la morfina. Recordaba haberse despertado dos o tres veces durante la noche con ahogos y ataques de tos y haberse vuelto a dormir, empujado por las pastillas hacia el sueño, con esa sensación de vacío y pesadumbre que últimamente le acompañaba siempre.

Antes de levantarse, se fue haciendo a la idea de que tenía todo un día por delante, de que seguramente le quedaba por lo menos un día más, y tendría que vivirlo. Esbozó una sonrisa de ironía triste y volvió a cerrar los ojos. Después de todo daba igual si se quedaba un rato más en la cama.

Se acordó entonces de los salmones, que eran lo que más echaba en falta. Desde muy joven pescar salmones había sido su pasatiempo favorito. Siempre le había gustado luchar con ellos en los ríos. Sentir su fuerza histérica cuando se daban cuenta de que estaban en peligro. Sus esfuerzos desesperados por aferrarse a la vida. No eran como él, que hacía mucho tiempo ya que se había quedado sin razones para seguir luchando y había tirado la toalla. No, decididamente no se les parecía demasiado a pesar de que le habían llegado a decir que actuaba como si los salmones fueran su única razón de ser.

Fue una mañana en un pueblecito de Irlanda donde quería recordar que había tenido el primer ataque. Llevaba un buen rato intentando sacar un salmón enorme que, al final, se le había escapado. Se sentó a descansar en una piedra del ribazo y tuvo un ataque de tos.

Terminó escupiendo una mezcla de saliva y sangre a la que no dio demasiada importancia. Al fin y al cabo siempre había tenido una salud de hierro. Y al llegar la hora de la cena, en la pensión en que se hospedaba, ya casi se le había olvidado el incidente. Los días de pesca que siguieron fueron buenos y, cuando volvió a Madrid, las soleadas mañanas de primavera, el ajetreo de los negocios y las comidas con los amigos no le dejaron tiempo para preocuparse de ninguna otra cosa.

Después vino el verano y las partidas de monte con los amigos en El Escorial, relajarse un poco de tanta agitación, estar un poco más con su mujer a la que durante el año tenía un poco abandonada, y mandarle un giro de vez en cuando a su hijo que era incapaz de ajustar su presupuesto a sus vacaciones.

Ese otoño fue cuando acudió por primera vez a los médicos. No se sentía del todo bien y sus amigos le convencieron para que fuera a hacerse un chequeo. Le dijeron que de momento no parecía que tuviera nada pero que volviera cada tres meses para comprobar su evolución. Aquello no le dejó demasiado satisfecho, pero apenas sin darse cuenta, fue dejando pasar el tiempo. Para qué preocuparse. Además se encontraba cansado. Se iba sintiendo envejecer y se daba cuenta de que las cosas cada vez le importaban menos. Su hijo ya era mayor y antes o después terminaría la carrera, a su mujer le iba bien en la tienda y realmente tampoco lo necesitaba demasiado. Le quedaban las mañanas de pesca en los ríos de montaña, las comidas con los amigos, sus perros de caza que poco a poco se iban volviendo viejos como él y, a decir verdad, poco más.

Desde la cocina le empezaron a llegar los tintineos sordos que presagiaban el desayuno, antes copioso, hoy reducido a una taza de té aguado y una tortilla francesa. Sentía náuseas con sólo pensar en la comida pero sabía que no le quedaba más remedio que cumplir sus ritos. Pero no tenía prisa. Todavía podía quedarse un rato más en la cama y volver a sus recuerdos.

Una mañana algunos meses después, cazando en las estribaciones de Gredos sintió que

le faltaba aire, como si de repente le hubiera invadido una gran debilidad. Y precisamente ese mismo día, unas horas más tarde, fue cuando se despenó Petrus, mientras perseguía a una cabra. En parte era culpa suya: con diez años el perro realmente estaba demasiado viejo para cazar. La muerte de su perro preferido le dejó perplejo y vacío, y cuando poco después volvió a la clínica, apenas si prestó atención a las caras de los médicos que le insistían que debía hacerse más y más pruebas, que aquello podía ser más grave de lo que parecía. Pensándolo bien, quizá fue entonces cuando empezó a convencerse de que ya no le merecía la pena seguir luchando. Se sentía cansado y aburrido. Su seguro y sus ahorros cubrirían con creces las necesidades de su viuda y de su hijo y él ya había tenido bastante. No se sentía con ánimos de luchar contra la enfermedad.

El año que siguió apenas paró por casa. Era el de su despedida e iba a sacar de los ríos todos los salmones que fuera capaz. En su memoria se entremezclaban imágenes de pueblecitos de montaña de Asturias, Irlanda y Noruega. Episodios de pesca llenos de la emoción indescriptible de la captura grande y difícil. La lucha contra las fuerzas de la vida. El desesperado empeño de los salmones en remontar el río para reproducirse... Perdido en sus recuerdos, sintió como algo dentro de él se rebelaba: ¿por qué no iba a haber para él más salmones, ni más ríos, y ni siquiera más vida?

Pero enseguida volvió a resignarse. A estas alturas las cosas ya no tenían remedio. Se levantó con cuidado, se puso la bata y las zapatillas y se fue a la cocina andando despacio. Cuando su mujer le preguntó, contestó que se encontraba bien, que como siempre. Y, mientras se tomaba el desayuno, siguió recordando.

Definitivamente, el de su despedida había sido un buen año. Al principio le había costado trabajo justificar su conducta. Explicar el progresivo abandono de sus negocios y sus continuas expediciones que, lejos de ser la excepción, habían pasado a convertirse en la regla. Su mujer se lo reprochaba al principio y él inventaba razones torpes que no la convencían, pero que hacían que se callara. Con sus amigos, que habían empezado a llamarle "El Nutria", presumía de haber sido el pescador que más kilos de salmón había

sacado ese año en España, y seguramente era verdad o estaba muy cerca de serlo.

Sentía que la enfermedad le iba ganando terreno, pero todavía le quedaban fuerzas más que suficientes como para que los salmones pudieran medirse con él. Eran ellos los que tenían que luchar por su vida mientras que él iba dejando escapar la suya. Y lo hacían con todas sus fuerzas, coleteando enloquecidos, intentando escupir el cuerpo extraño que poco a poco les iba desgarrando las entrañas, mientras él se limitaba a aguantarles el tirón y a tragar saliva.

Por un momento su mirada se fijó en la lámpara de la cocina que se reflejaba en la superficie del té. Todavía tenía en sus oídos el murmullo sordo del agua precipitándose por entre las rocas y podía respirar el aire cortante de la mañana en cualquiera de aquellos pueblecitos cuya razón de ser era el río.

-El Dr. Arcilla va a llamar dentro de un rato para preguntar qué tal sigues. ¿Quieres que le diga alguna cosa?

-No, no hace falta. Dile que me encuentro bien y pregúntale si me puedes subir las dosis de morfina, porque a veces no hay quien aguante los dolores.

La mujer le miró con una mezcla de tristeza y ternura y asintió sin decirle nada. Se había prometido a si misma ser fuerte e iba a cumplirlo.

-Me voy al cuarto a leer los periódicos.

-Llámame si quieres cualquier cosa.

Antes de irse se acercó y le rozó la mejilla con los labios. A ella ese esbozo de beso le halagó y le preocupó al mismo tiempo. Siempre había sido un hombre seco y poco expresivo, únicamente al final le había dado por esas manifestaciones de algo que ella quería llamar cariño. Y las atesoraba porque sabía que eran las últimas. Suspiró y recogió el servicio del desayuno, mientras le oía arrastrar las zapatillas por el pasillo camino de la

habitación.

Se metió en la cama y empezó a leer. Pero, por más que lo intentaba, le costaba trabajo concentrarse y su imaginación volvió a alejarle del cuarto.

Cuando por fin se confirmaron las sospechas de todos, él incluido, poco menos que le obligaron a someterse a la tortura de la radioterapia. Decidió resignarse porque no tenía ganas de enfrentamientos ni de tener que dar explicaciones. No quería luchar. Ni contra la enfermedad ni contra nadie. Si tenía que esperar esperaba y si tenía que sufrir, sufriría. Al fin y al cabo siempre había mantenido que era capaz de aguantar el sufrimiento.

El tratamiento dió los resultados esperados, y al cabo de algún tiempo, experimentó una apreciable mejoría que le permitió volver a hacer prácticamente su vida de siempre. Incluso se había permitido viajar a Málaga a visitar a unos amigos y pasar unos días con ellos en la costa. Recordaba que incluso había llegado a decirles que tenía intención de sobrevivirles a todos. Quizás incluso se lo había llegado a creer.

Y recordó también que en algún momento había estado dispuesto a sobrevivir. Que casi había conseguido recuperar la voluntad de lucha con la que se había enfrentado siempre a todo. Pero le duró poco, era el último coletazo de su instinto de supervivencia y no le había bastado para escupir el anzuelo: la promesa de tranquilidad y el final del hastío que le esperaban cuando se hubieran completado los plazos de su suicidio por omisión y aburrimiento.

Y ahora ya hasta pensar era inútil. Sabía de sobra que le quedaba poco. Cada vez se sentía más débil y le costaba más trabajo respirar. El final le preocupaba vagamente. A pesar de haberlo pensado muchas veces, no estaba seguro de cuál iba a ser su reacción en el último momento. Pero tampoco iba a intentar averiguarlo ahora cuando, tenía razón, ya hasta pensar era inútil.

Volvió al periódico con desgana. Más que nada para no tener que seguir con sus recuerdos. El teléfono le sacó de la lectura con un sobresalto. Lo dejó sonar dos o tres veces y luego lo cogió, exactamente al mismo tiempo que su mujer, ella desde el cuarto de estar. No dijo nada. Le escuchó preguntar quién era, y oyó la voz ronca del Dr. Arcilla al otro lado de la línea.

-Buenos días doctor. El dice que está bien, pero estoy muy preocupada. Esta noche se ha despertado tres o cuatro veces como ahogándose y le encuentro cada vez peor. Me ha dicho que si le puedo aumentar la dosis de morfina.

Por un momento pensó en colgar. Nada de aquello le interesaba, y además nunca había sido partidario de escuchar las conversaciones de los demás. Pero algo le hizo seguir escuchando y se dejó llevar. Al fin y al cabo, dadas las circunstancias, podía permitirse una travesura.

-Sra. Stiller, sé que esto le va a resultar muy duro pero espero que comprenda que no me queda más remedio que decirle la verdad. Su marido morirá por asfixia. Lo único que podemos hacer es dormirle o darle morfina para que no sufra.

Ella no se pudo contener más y se le escapó un sollozo que apenas consiguió llenar el silencio fúnebre y tremendo que se hizo a ambos lados del teléfono.

-Animo Sra. Stiller, sea valiente. Puede estar segura de que hemos hecho todo lo que humanamente podíamos hacer. Auméntele la dosis de morfina si se lo pide y no dude en llamarme en cualquier momento para lo que sea. Estaré en el hospital hasta las tres de la tarde.

Ella volvió a sollozar. Le dió las gracias, y colgó el teléfono. Él se había quedado paralizado. Tenía la mente en blanco y sentía un vacío absoluto dentro de sí. Colgó el teléfono sin hacer ruido y, antes de que le diera tiempo de llegar al cuarto de baño, devolvió el desayuno encima de la moqueta. Su mujer apareció enseguida en la habitación y le ayudó

a cambiarse el pijama y a meterse en la cama. Cuando terminó de recoger se fue al cuarto de baño, volvió y se sentó en el borde de la cama. Le puso la mano en la frente y le miró con cariño. No iba a dejar que sus sentimientos le traicionaran. Las enormes ganas de llorar que sentía iban a tener que esperar.

-¿Qué tal te encuentras?

-Bien. No te preocupes. Me ha dado como un mareo y he sentido náuseas y ganas de devolver. ¿Quién ha llamado?

-El Dr. Arcilla. Ha dicho que si quieres te puedo aumentar la dosis de morfina.

-Muy bien, pero por ahora no tengo demasiados dolores. Simplemente me siento cansado y muy débil. Creo que voy a intentar dormir otro poco. ¿Dónde están las pastillas azules?

-Las tienes encima de la mesilla. Si quieres me quedo un rato contigo.

-No hace falta. Lo que sí podías hacer es traerme un vaso de agua.

Fue a la cocina y le trajo el agua. Le besó la frente y salió de la habitación sin hacer ruido. Él seguía descompuesto y estaba aterrorizado. Le temblaban las piernas y la sensación de vacío y pánico le subía por el estómago. Tenía que controlar su miedo y tranquilizarse. Después de tanto tiempo no podía morir de aquella manera. Asfixiado. Como en las pesadillas que tenía de pequeño. Por un momento se vio a sí mismo con la cara amoratada y la boca abierta y seca, luchando desesperadamente por una bocanda de aire. Y sintió como se ahogaba, como su cerebro se iba quedando poco a poco sin oxígeno y todo su ser se aferraba desesperadamente a la vida en medio de un dolor desgarrador.

Verdaderamente no podía ser. Cogió el bote de pastillas azules y lo miró sin verlo, perdido en sus pensamientos. Total, qué más daba. Ya había esperado demasiado. No era un acto de cobardía. Era simplemente un adelanto de lo inevitable. Sólo iba a acelerar un poco el curso de los acontecimientos. Además, se había estado suicidando desde el primer momento. Desde que decidió que no merecía la pena escuchar a los médicos. Que ha había vivido lo suficiente.

Sabía que no estaba pensando bien y que su lógica estaba totalmente viciada. Pero necesitaba justificarse. Siempre le había gustado saber por qué hacía las cosas y no iba a hacer una excepción precisamente ahora. Pensó en su mujer y en su hijo. Sintió una oleada de tristeza y de remordimiento. Pero ya no tenía tiempo para ninguna de las dos cosas. Seguramente nunca sabrían lo que había pasado y si lo averiguaban, seguramente le comprenderían. Había dejado de temblar y estaba mucho más tranquilo. Después de todo qué más daba. Empezó a pensar en Dios pero lo dejó enseguida. Dios no era su apuesta.

Abrió el bote de pastillas azules y se las empezó a tomar de una en una bebiendo pequeños sorbos de agua fría. Al fin y al cabo, nunca había creído en los héroes. La última pastilla le amargó un poco. Cerró los ojos y esperó a que le sacaran del río.

Minneapolis, mayo de 1985.